

Paz mundial

Una novela

D. Rose

© 2026 D. Rose. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción.

Publicado originalmente en alemán como Welfrieden (2026).

Traducción del alemán. Diseño de portada: el autor.

Índice

Capítulo 1: Dubái 2060 – «Todo comienzo»	4
Capítulo 2: Ginebra 2061 – «La verdad»	31
Capítulo 3: Forest City, Liuzhou (China) 2062 – «Paz económica»	57
Capítulo 4: Reikiavik 2063 – «Educación y crianza» . .	77
Capítulo 5: Ciudad del Cabo 2064 – «Justicia»	92
Capítulo 6: Montevideo 2065 – «Memoria»	109
Capítulo 7: Río de Janeiro 2066 – «Cultura e identidad»	130
Capítulo 8: Helsinki 2067 – «Pérdida»	146
Capítulo 9: Berlín 2068 – «Un nuevo comienzo» . . .	164
Capítulo 10: Bali 2069 – «El reinicio»	180
Nota del autor	195

Capítulo 1: Dubái 2060 – «Todo comienzo»

«Mamá, todavía está oscuro.»

«Son las siete y media, Jonas.»

«Por eso.»

En algún dossier oficial soy la ministra de Asuntos Exteriores de Suiza. En este dormitorio, a las siete y media de una mañana oscura de febrero en Berna, soy una mujer que está perdiendo una negociación contra una persona escondida debajo de una manta. Mi hijo tiene ocho años, está tendido en la cama rígido como una tabla y decidió que el amanecer es un asunto de agenda y que la agenda está mal.

Lo intento con la ciencia. «Jonas, en invierno el sol sale más tarde. Eso ya lo sabes.»

De debajo de la manta llega el alegato final. «Entonces despiértame en verano.»

Ocho años y ya argumenta como un abogado.

Al fondo del pasillo, su melliza es otro sistema meteorológico. Heidi ya está vestida y apostada frente al lavabo, cepillándose los dientes con la mueca de quien

sospecha que le cambiaron la pasta por mostaza. Ayudar a una niña de ocho años a lavarse los dientes significa sujetarla, cepillar y fingir que no te está escupiendo encima. Heidi tiene el temperamento de una tormenta y la capacidad de atención de una ardilla, y cuando no se planta en plan terco es la persona más divertida que conozco. Las transiciones entre lo uno y lo otro son fluidas e imposibles de pronosticar, como el clima de montaña.

Y luego está Elsbeth. Diez años. Vestida, zapatos atados, almuerzo listo, de buen humor. Elsbeth es la hija que me convenció, recién nacida, de que un segundo hijo sería una idea maravillosa.

Nadie te advierte de lo que son los mellizos.

Nadie.

Ni los libros, ni la partera, ni las señoras bienintencionadas que no tienen mellizos pero saben exactamente cómo se hace.

Mientras los tres se roban los cornflakes unos a otros, yo me quedo en la puerta de la cocina y me lo repito como un mantra: desde hace casi diez años, el mundo está en paz.

Piénselo un segundo. En todos los milenios anteriores no ocurrió nunca. Ni una sola vez. Ni un solo año en el que de verdad hubiera paz en toda la Tierra, sin excep-

ciones: ni un disparo, ni un bombardeo, ni una granada cayendo en alguna parte.

Diez años.

Y yo llevo esta mañana concreta negociando con una manta.

Me llamo Anna Zaugg. Tengo treinta años, soy ministra de Asuntos Exteriores de Suiza y estoy crónicamente falta de sueño. No por la política mundial. La política mundial sería casi romántica. Por Jonas, Heidi y Elsbeth, mis tres perturbadores personales de la paz.

A Elsbeth le puse el nombre a los pocos minutos de nacer. Todo había salido tan bien que en ese momento quise algo clásico. Algo atemporal. Conservador, dicen unas. Rancio, dicen las menos amables. Mis colegas del ministerio tenían propuestas de sobra: Mila, Lena, Nova. Nombres que suenan a anuncio de perfume. Elsbeth no se ha quejado ni una vez. Hace poco llegó a casa y anunció: «Mamá, soy la única Elsbeth de toda la escuela. Probablemente de toda la ciudad». Lo dijo con el orgullo de una premio Nobel. Ahí supe que había acertado.

Jonas, naturalmente, es el rebelde de la familia. Su escuela funciona, como casi todas las del mundo, con el sistema nuevo: un plan de estudios común para todos los niños sin importar su sexo (matemáticas, ciencias, deporte, bricolaje) y dos optativas obligatorias por

semestre (teatro, danza, cocina, labores, actuación), intercambiables cada semestre para que nadie pase un año entero atrapado en el casillero equivocado. La idea de fondo es simple: que a ningún niño lo empujen a un rol por su sexo, sino por su talento y su interés. Que no haya más casilleros. Y si tiene que haberlos, que al menos tengan las puertas abiertas.

Jonas se apuntó por voluntad propia a fútbol y cocina y se niega en redondo a probar siquiera el tejido o el teatro. Cosa que no altera a nadie. La libre elección es justamente el sentido del sistema. Solo que Jonas elige más fuerte que la mayoría.

Es uno de los pocos chicos de su clase, y a veces me pregunto si eso lo hará sentirse solo. Cuando le pregunto, dice: «Qué va, las chicas son geniales. La mayoría, al menos». Luego sonrío, y yo dejo de preocuparme.

Durante una hora, más o menos.

Gabi espera abajo, en el auto. Gabi es mi asistente. Tiene treinta y cinco años, una hija llamada Simone y la notable capacidad de mantener tres conversaciones a la vez, manejar una agenda y lucir como si hubiera dormido ocho horas. Yo, después de ocho horas de sueño, parezco haber dormido tres. Gabi, después de tres, parece volver de un fin de semana de spa. No sé cómo lo hace, y he decidido no averiguarlo, por si la res-

puesta es disciplina.

Solo cuando ya estamos en el aire puedo admitir adónde voy. Dubái. Conferencia de Paz número diez, y la primera mía, porque mi antecesora, Barbara Müller, se jubiló el año pasado. Barbara era una mujer notable y una de las pocas ministras con un hombre propio. Su Thomas fue uno de los sobrevivientes del virus, y los dos vivían en una casita junto al lago de Thun que Barbara nunca quiso cambiar por un departamento en Berna. «Puedo gobernar desde casa», decía. «Y Thomas puede cocinar desde casa.»

A los treinta años soy la ministra de Asuntos Exteriores más joven de Suiza desde la fundación de la Confederación. Suena impresionante. Se siente como ir sentada en un avión esperando que tu asistente haya empacado el discurso correcto.

El vuelo dura seis horas y Gabi aprovecha cada una. Trajo tres carpetas: los currículums de todas las ministras de Asuntos Exteriores, las indicaciones de protocolo y las recomendaciones de restaurantes de Dubái. La tercera carpeta es la más gorda. «Prioridades», dice cuando nota mi mirada.

Leo los currículums como una novela, sobre todo porque se leen como una.

Nia, África. Cincuenta y dos años, tres hijos. Dirigió un campo de refugiados en Kenia durante la guerra y

después ayudó a construir la Unión Africana. Veinte años con su pareja, Adjoa, una médica que conoció en un hospital de campaña.

Leila, Emiratos Árabes Unidos. Cuarenta años, una hija. Economista, conocida por su devoción por los números y por llevar estadísticas plastificadas a cada conferencia. Su pareja, Farah, es arquitecta en Abu Dabi.

Mei, China. Treinta y cinco, sin hijos. Experta en cultura, reformó la industria del cine china. Vive con la coreógrafa japonesa Sakura; en Pekín las consideran la pareja más deslumbrante de la escena cultural.

Irina, Rusia. Sesenta y siete, la mayor del grupo. Habla poco, escucha mucho. En su expediente figura una sola palabra: viuda.

Emelie, Escandinavia. Treinta y ocho, seca como un martini, digitalizó el estado de bienestar escandinavo. Casada con Astrid, una bióloga que investiga la partenogénesis en la Universidad de Estocolmo.

Yuki, Japón. Mediados de los treinta, ministra de Tecnología, habla más bajo que todas y aun así la escuchan. Desarrolló la estrategia japonesa de IA. Sin casarse, sin hijos, una sobrina que quiere ser astronauta.

Hilda, Alemania. Cuarenta y cinco. Casada con Sven, cuarenta y siete.

Un hombre propio.

Leo la frase tres veces. En un mundo donde los hombres son una especie en extinción, donde las mujeres somos más del noventa por ciento de la población y la tasa global de natalidad ronda entre uno y uno coma cinco, esta mujer tiene un hombre propio. No un hombre de catálogo de donantes. No un hombre de fin de semana compartido con otras tres. Un hombre real, vivo, de todos los días. La historia que hay detrás no figura en el expediente. Me propongo no preguntarle por ella, y sé en el mismo instante que lo haré.

Aparte de Hilda y de Barbara, no conozco a ninguna ministra de Asuntos Exteriores que viva con un hombre. No es que las mujeres desprecien a los hombres. La mayoría, sencillamente, no ha conocido a ninguno. En un mundo con más del noventa por ciento de mujeres, enamorarse de una mujer es lo más natural que hay. Los pocos hombres que quedan son codiciados, pero más como recurso biológico que como compañero de vida.

Suena duro.

También es la realidad.

En cuanto a cómo llegan los hijos a ese mundo: desde hace más de diez años existe una alternativa a la inseminación artificial con semen de donante. La partenogénesis. Se estimula un óvulo para que se divida sin espermatozoide alguno, y las criaturas son siempre niñas, solo cromosomas X, ningún Y. Gracias a los subsidios

estatales es más barata que el banco de semen en casi todos los países, en algunos casi gratuita, y aun así la acogida es sorprendentemente baja. Las mujeres quieren la variedad genética de un donante, quizá incluso la pequeña posibilidad de un niño. Irracional, si una mira los números. Pero el deseo de tener hijos nunca fue asunto de la razón.

Que se lo pregunten a Gabi. Ante la enorme oferta de donantes no pudo decidirse y fue postergando el asunto de la inseminación casi una década. Qué tiempos aquellos. Cada semana aparecía en la cocina de la oficina con una tanda nueva de perfiles de donantes y los calificábamos juntas como en una aplicación de citas, solo que sin el riesgo de que el tipo, en persona, midiera diez centímetros menos de lo anunciado.

«Este tiene los ojos verdes y toca el violonchelo.»

«Sí, pero mírale las orejas.»

«Gabi, en el perfil no se ven las orejas.»

«¡Exacto! Eso es lo sospechoso.»

Durante un tiempo tuvo un favorito porque figuraba como «cocinero aficionado y corredor de maratones». Tres semanas después lo descartó, porque no podía imaginarse criando a un hijo capaz de correr maratones por gusto. «¿Quién se hace eso a sí mismo, Anna? Cuarenta y dos kilómetros. Por gusto. Eso no es un hobby, es un

grito de auxilio.»

La hija que finalmente tuvo, Simone, ama actuar y quiere ser actriz algún día, en India o en China, porque allí las mejores directoras se unieron, fundaron escuelas y llevaron el cine a un nivel completamente nuevo. En Estados Unidos y Europa pasó lo contrario: ya no quedan actrices de verdad, solo intérpretes generadas por computadora a fuerza de potencia de cálculo. A Simone, Hollywood le parece aburrido. «Mamá, si son puras computadoras», le dice a Gabi, y Gabi suspira, porque en secreto ama las viejas películas de Marvel en las que hombres en trajes ajustados salvaban el mundo.

Ironías de la historia.

El aeropuerto de Dubái me impresiona a pesar de todas las fotos que había visto. Las terminales son pequeñas ciudades: tiendas, restaurantes, jardines tan perfectamente cuidados que una se pregunta si las plantas serán de verdad. Lo son. Dubái se permite plantas de verdad en un aeropuerto. En el desierto. De algún modo encaja con un lugar que siempre hizo de lo imposible su modelo de negocio.

Ante la cascada de la puerta A tengo que detenerme. El agua cae cuatro pisos hasta una pileta iluminada, y cientos de lucecitas bajan dentro del agua misma, de modo que parece que llueven estrellas. Me quedo ahí como una niña en un museo y me olvido de todo durante

cinco minutos. Del discurso. De la conferencia. De la mancha en mi blusa, que es sin duda del muesli de Jonas y que vengo escondiendo desde Zúrich.

«Anna, el auto está listo.» Gabi, puntual como un tren suizo.

Del aeropuerto salimos, como corresponde, en un Bentley eléctrico. Mi conductora, una joven de unos veinticinco años con una sonrisa más ancha que el auto, trajo a sus dos hijas pequeñas, porque de otro modo habría llegado tarde. Van las dos adelante, en una silla infantil doble, riéndose en esa frecuencia que solo producen los menores de cinco años. Esa risita que contagia aunque una no tenga idea de qué es lo gracioso. Probablemente de nada. Los niños de esa edad se ríen de nada y de todo, y esa debe de ser la cualidad más sana de todas las que perdemos con los años.

Primero damos un rodeo por la guardería para que deje a las niñas. Es un edificio nuevo, con paredes vegetales y un patio de juegos como un parque de aventuras en miniatura, y como ya son las once, la hora de entrada va terminando; adentro, los chicos reclaman a gritos la comida que ya se sirve en el comedor. Todo el edificio es de cristal. Los padres pueden pasar en cualquier momento y ver a sus hijos, y de algún modo no se siente como vigilancia. Se siente como una sala de estar abierta donde toda mujer es bienvenida, aunque solo esté de paso.

«Mis niñas ya no duermen siesta», va contando la conductora mientras se abre paso en el tráfico. «Mejor para la noche, igual. Si no, se quedan despiertas hasta las nueve pidiendo una canción más y un vaso de agua más y un cuento más.»

En fin. Es igual en todo el mundo. En Berna, en Dubái, probablemente en la Luna, si allí vivieran niños. Comerían polvo lunar y se negarían a dormir.

El trayecto por la ciudad es un espectáculo en sí mismo. Dubái cambió desde los años treinta. Las fachadas doradas y ostentosas de los 2020 cedieron el paso a algo más elegante: mucho verde, mucho cristal, menos «miren qué ricos somos» y más «entendimos que la sostenibilidad es sexy». Los edificios más altos del mundo siguen aquí, pero ahora llevan jardines verticales y producen más energía de la que consumen. Al menos eso dicen los folletos. Gabi, por supuesto, ya leyó uno.

El centro de conferencias ocupa una isla artificial con forma de flor de loto gigantesca. Naturalmente. En Dubái todo tiene que tener forma de algo. Nuestro hotel de al lado tiene forma de ola. El restaurante de enfrente parece una concha. Me pregunto si en esta ciudad habrá un solo edificio que simplemente parezca un edificio. Gabi fotografía todo. Para Simone, dice. Simone quiere saber si Dubái es «tan increíble» como dice internet. Sí, Simone. Dubái es exactamente tan increíble como dice internet, solo que más caluroso.

El calor me golpea como una pared en cuanto bajo del Bentley climatizado. Cuarenta y cinco grados a la sombra, y de sombra hay aquí más o menos tanta como de hombres: casi nada. Gabi, que por lo visto no suda porque es una anomalía genética, me alcanza un pañuelo. «Toquecitos, no fotes. Tu maquillaje.» Doy toquecitos. Mi maquillaje es una causa perdida, pero la intención es lo que cuenta.

La bienvenida es cálida y abrumadora. Doscientas delegadas de todos los continentes, y la sensación de que cada una de ellas quiere abrazarme.

Nia abre la marcha. Es alta, imponente, con una voz capaz de llenar la sala sin micrófono y un abrazo que hace crujir los huesos. «¡Anna! Por fin la nueva suiza. Te ves más joven que en pantalla.» No sé si es un cumplido o una advertencia.

Leila me recibe con una bandeja de dátiles y una frase: «Come antes de hablar. Las palabras vacías salen de estómagos vacíos». Es más baja que yo, pero su presencia es enorme. De su cinturón cuelga una memoria USB. «Mis estadísticas de emergencia», explica muy seria. «Por si alguien dice tonterías y necesito datos.» Me cae bien de inmediato.

Mei saluda con un gesto cortés y dice, en voz baja: «Leí tu perfil. Impresionante para tu edad». Luego se da la vuelta y desaparece. Mei es como un gato: elegante,

silenciosa, y nunca se sabe si te aprecia o solo te tolera.

Irina no dice nada. Solo me mira como si me hiciera una radiografía. Tiene los ojos de un azul pálido al borde del gris, y parpadea tan poco que una empieza a preguntarse si se le habrá olvidado cómo.

Emelie me estrecha la mano con la fuerza de una prensa de taller. «Tú eres la nueva. Tranquila, la primera vez lloran todas. La segunda, solo la mitad.» Sonríe. No estoy segura de que sea un chiste.

Y luego está Hilda. La ministra alemana me da la mano y sonríe, una sonrisa cálida con una capa debajo que no logro nombrar. Melancolía, quizá. O cansancio. O algo completamente distinto. «Bienvenida, Anna. No te dejes intimidar. Aquí la mayoría no muerde.» Luego, más bajo: «La mayoría».

Nia se inclina hacia mi oreja. «Hilda tiene un hombre propio. ¿Lo sabías?»

Asiento. «¿Y a Adjoa qué le parece?»

Nia se ríe. «Adjoa dice que un hombre en casa sería como un pez dorado en la bañera. Bonito de ver, pero ¿para qué?» Me guiña un ojo. «Queremos mucho a Hilda. Pero lo de Sven, para la mayoría de nosotras, es un cuento de otra época. Fascinante. No para imitar.»

La conferencia se abre a las dos de la tarde, en una sala tan enorme que en las últimas filas probablemente hagan

falta binoculares. Cristal y acero, un podio de madera clara, cabinas de interpretación a los lados (aunque la IA ya traduce en tiempo real, más rápido y con más precisión que cualquier humano) y, en el techo, una araña de luces como una galaxia de cristal. Doscientas sillas. Doscientas mujeres. Doscientas historias de vida. El aire acondicionado está a un nivel que yo llamaría sobrecompensación ártica: cuarenta y cinco grados afuera, unos quince de sensación adentro. Gabi trajo una chaqueta de lana.

Por supuesto que sí.

Y entonces llega el momento. Mi discurso.

Estoy en el atril con doscientos pares de ojos encima y me sudan las manos. Suiza: el país de la neutralidad, del chocolate y de las montañas. ¿Qué puedo contarles yo a estas mujeres que sobrevivieron guerras, reconstruyeron países, escribieron la historia? Algunas de ellas, a mi edad, dirigían campos de refugiados o redactaban constituciones. Yo, a mi edad, tengo tres hijos, una mancha de muesli en la blusa y un discurso que anoche, a la una y media, volví a escribir de arriba abajo.

Respiro hondo.

«Queridas colegas. Queridas hermanas de espíritu. Estoy aquí como la más joven de este círculo, y me pregunto si tengo algún derecho a hablar de la paz. Yo nunca viví una guerra. Era una niña cuando el mundo

ardía. Mi recuerdo más antiguo no es el sonido de las bombas. Es el olor a fondue de queso en Navidad.»

Risas dispersas. Nia sonríe de oreja a oreja.

«Pero quizá ese sea justamente el punto. Soy la primera generación que no luchó por esta paz. Nací dentro de ella. Y les digo algo: eso me da más miedo del que podría darme cualquier guerra. Porque quien nunca luchó por la paz puede darla por sentada con mucha más facilidad.»

Silencio. La clase de silencio que significa que la gente escucha.

«Diez años de paz. Y si somos honestas, no llegó porque nos hayamos vuelto más sabias. Llegó porque el mundo cambió. Porque las mujeres asumieron el liderazgo. No porque las mujeres seamos mejores personas. Eso sería probablemente demasiado fácil. Sino porque lideramos de otra manera.»

Miro hacia la sala. Doscientos rostros que escuchan.

«Hace treinta años se elegía a las mujeres que rebosaban poder y autoridad. Mujeres que tenían que demostrar su valía en un mundo que no les pertenecía. Hoy elegimos a mujeres que saben escuchar. Mujeres que tienen hijos. Mujeres que saben lo que es que a las seis de la mañana te despierte un niño de ocho años preguntando por qué el cielo es azul, y que además quiere la respuesta de

verdad.»

Risas suaves.

«El carisma ya no es una barbilla en alto y un puño sobre la mesa. El carisma es empatía. Comprender. Escuchar. El mundo está gobernado por madres, abuelas, hermanas, compañeras. Y quizá por eso llevamos diez años sin guerra. No porque ya no tengamos armas. Porque en la mesa no se sienta nadie que quiera usarlas.»

Hablo de la transparencia, de la responsabilidad de los países pequeños, de cómo entregarle la paz a la próxima generación. Hablo de mis hijos: de Jonas, que prefiere el fútbol antes que tejer, y de Elsbeth, que lleva su nombre anticuado como una corona. Y veo cambiar los rostros en la sala. Veo cómo el protocolo se retira y algo humano sube a la superficie.

Al final les doy la única definición de paz en la que confío.

«La paz no es un estado. La paz es una rutina matinal. Levantarse cada día, lavarse los dientes, seguir adelante.»

Treinta minutos, y cuando termino, Nia es la primera en aplaudir. Después las demás. Hilda me dedica un gesto lento con la cabeza, con una mirada que dice: bien hecho.

Significa para mí más que el aplauso.

La pausa para el café es como el primer día en una escuela nueva, solo que todas son más amables y el café es mejor. En diez minutos, Gabi ya hizo tres contactos nuevos e investigó los mejores restaurantes de Dubái Marina. Yo estoy algo perdida junto a la ventana, con mi taza, mirando el mar, cuando Leila aparece a mi lado.

«Buen discurso. Para una principiante.»

«Gracias. Creo.»

«Lo del fondue fue hábil. El humor desarma.» Da un sorbo a su té. «¿Sabes por qué traigo estadísticas plastificadas?»

«¿Porque eres una fanática de los números?»

Se ríe. «También. Pero sobre todo por esto.» Baja la taza. «Los números no mienten. La gente sí. Los discursos son bonitos, Anna, pero al final lo que cuenta es lo que está en las tablas.» Saca una hoja plastificada del bolso y la sostiene en alto. «Población mundial: 4700 millones. Mujeres: el 92 por ciento. Hombres de entre 18 y 40 años: el 3,1 por ciento de la población total.» Deja que los números asienten. «Tres coma uno por ciento. No es mucho, Anna.»

«No», digo en voz baja. «No lo es.»

Leila guarda la hoja y calla un momento.

«Mi madre», dice entonces, «era economista. Como yo. Me enseñó todo lo que sé de números. Sistemas, estructuras, la lógica debajo del caos.» Su voz baja un tono. «Murió hace ocho años.»

«Lo siento mucho.»

Leila hace un gesto para restarle importancia, pero el gesto es demasiado rápido, demasiado cortante. «La apuñalaron. Un hombre. Estaba, como dicen ustedes en Suiza, fuera de sí. Iba apuñalando mujeres al azar por la calle, y mi madre estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.»

No digo nada. ¿Qué se puede decir?

«Fue uno de los últimos actos de violencia de un hombre en los Emiratos», sigue Leila. «Después endurecieron las leyes de seguridad. Lo cual no me devuelve a mi madre.» Mira por la ventana. «¿Sabes qué es lo absurdo? Los números son de ella. Las hojas plastificadas eran lo suyo. Las conservé porque, cuando uso su método, es como si ella siguiera en la habitación.»

«Eso es hermoso.»

«Es triste. Pero gracias.» Se termina el té. «Basta de esto. Cuéntame de tus hijos. Necesito algo vivo después de tantos números.»

La tarde son grupos de trabajo. Economía, educación, seguridad. A mí me toca educación, es decir, dos horas

de planes de estudio con dieciocho mujeres de catorce países. Fascinante y agotador a partes iguales. Las delegadas escandinavas tienen los mejores conceptos, las africanas las historias más inspiradoras y las chinas la mayor cantidad de diapositivas de PowerPoint. Mei preparó ella sola ochenta. Ochenta diapositivas. Para un turno de veinte minutos. Gabi me susurra: «Esa mujer no duerme. Powerpointea». Casi me atraganto con el agua.

En la cena me siento junto a Nia. La comida es espectacular, una mezcla de cocina árabe e internacional dispuesta con tanto arte que casi da pena destruirla. Casi. Nia no tiene esa clase de escrúpulos. Come con un entusiasmo contagioso y, entre bocado y bocado, habla de su tierra.

«¿Sabes cuál es la mayor diferencia, Anna? No la política. No la economía. Las niñas. Hace veinte años no iban a la escuela. Hoy van y no vuelven a casa, porque después de clase quieren club deportivo, y luego coro, y luego tareas, y luego se quejan de que el día es demasiado corto.» Se ríe, y la risa pasa por encima de toda la mesa como una ola.

A la tercera copa de vino, Nia simplemente se pone de pie en su sitio, sin micrófono, y pronuncia un discurso extraoficial que nos deja a todas llorando. Cuenta la historia de una niña de su país. Seis años, primer grado. La niña llegó de la escuela y le dijo a su abuela: «Abuela,

hoy aprendí a leer». La abuela lloró, porque ella nunca aprendió. Para ella, de niña, eso sencillamente no estaba previsto.

«Y entonces», dice Nia, «la niña volvió al día siguiente y dijo: "Abuela, hoy escribí. ¿Y sabes qué escribí? Tu nombre".»

La mesa entera llora y ríe al mismo tiempo, y yo pienso: este es el momento por el que valió la pena el viaje. La voz de Nia es ahora más baja, pero llega igual. «¿Y saben qué me dijo esa niña cuando visité su escuela?» Hace una pausa. «Me dijo: "Cuando sea grande, quiero ser como tú. Pero con el pelo más largo".»

Carcajadas. Lágrimas. Nia se pasa la mano por la cabeza; su pelo mide apenas dos centímetros. «Bueno», dice. «En el pelo todavía estoy trabajando.»

Después de la cena, cuando la mayoría ya se retiró a sus habitaciones, Leila me agarra del brazo. «¿Sauna?»

Después de doce horas de viaje, un discurso, grupos de trabajo y una cena emotiva, no me queda nada. Mi cuerpo dice cama. Mi cerebro dice cama. Mis pies, que llevan siete horas dentro de unos zapatos nuevos, gritan cama. Pero Leila no acepta un no. Tiene una manera de mirarte que no admite réplica. No es mandona. Es más bien como una tía que sabe exactamente lo que te conviene.

La sauna de vapor del hotel es opulenta. Azulejos dorados, eucalipto, luz tenue y, en un rincón, una fuentecita que murmura para sí. Los bancos son de una madera oscura que se siente cálida antes de tocarla. Las toallas son tan mullidas que una podría hundirse en una y no aparecer nunca más.

Leila trajo hojas plastificadas.

A la sauna.

Hojas. Plastificadas.

«¿Qué es eso?», pregunto, aunque me lo imagino.

«Las cifras actuales de población. Desglosadas por continente, tasa de natalidad y proporción de sexos.» Las despliega sobre el banco como un mapa. «Además, la proyección económica de los próximos cinco años y un análisis especial del mercado de los bancos de semen.»

La miro fijamente. «¿Traes tablas a la sauna?»

«Están plastificadas. El papel aguanta la humedad.» Lo dice como si fuera lo más normal del mundo. «Además, la sauna es el mejor lugar para una conversación honesta. Nadie puede esconderse detrás de nada cuando nadie lleva nada puesto.» Sonríe. «Literalmente y en sentido figurado.»

Así que ahí estamos, envueltas en vapor, y Leila me explica la evolución demográfica del norte de África mientras el sudor me corre hasta los ojos. Los números

son impresionantes y deprimentes a la vez. En algunos países antes de tradición musulmana, el porcentaje de mujeres llega al noventa y ocho por ciento. La tasa de natalidad bajó a uno coma dos.

«Lo que me sorprende», dice Leila golpeteando un gráfico, «es la tasa de partenogénesis. Casi todos los países la ofrecen. Subvencionada. Más barata que cualquier banco de semen. Y aun así solo la usa el ocho por ciento de las mujeres que quieren hijos.»

«¿Por qué?»

«Porque las mujeres tienen esperanza. Esperan un niño, aun sabiendo lo que eso significa. O quieren los genes de un donante: sus ojos, su estatura, su historia. La partenogénesis te da una copia de la madre. Para muchas, eso es demasiado poco.» Se encoge de hombros. «La biología está lista. Las personas no.»

En algún momento llevo la conversación a un terreno con menos tablas.

«Dime, ¿tú tuviste un buen donante?»

Leila sonríe. «Un noruego. Rubio, uno noventa, habla cuatro idiomas. Sobre el papel, el hombre perfecto. En el catálogo, bajo aficiones, decía: vela y filosofía.» Pone los ojos en blanco. «Vela y filosofía. Imagínate sentada en un barco, mareada, mientras alguien te explica a Nietzsche.»

Fin de la muestra de lectura

Cómo continúa la historia de Anna, Amira y los niños:
descúbralo en la edición completa:

Paz mundial: Una novela · D. Rose

Disponible en tapa blanda, tapa dura y libro electrónico.